

Ana Rosa Gómez Rosal

Dolor del misterio en Miguel de Unamuno

RESUMEN: Partiendo de una serie de ensayos seleccionados de Miguel de Unamuno, nos adentraremos en uno de los procesos menos estudiados del poeta filósofo: el dolor del misterio como manifestación íntima de la revelación de Dios, del camino de la fe. Demostraremos que es una pieza clave en la teoría unamuniana de la salvación personal, concluyendo que la categoría de misterio doliente completa su noción ontológica del ser y la inmortalidad.

PALABRAS CLAVE: Dolor del Misterio; Fe; Miguel de Unamuno.

Mystery's Pain in Miguel de Unamuno

ABSTRACT: Based on a series of selected essays by Miguel de Unamuno, we will delve into one of the poet-philosopher's least studied processes: the pain of mystery as an intimate manifestation of the revelation of God, of the path of faith. We will show that it is a key piece in Unamuno's theory of personal salvation, concluding that the category of painful mystery completes his ontological notion of Being and immortality.

KEYWORDS: Mystery's Pain; Faith; Miguel de Unamuno.

Artículo [SP] | ISSN: 2386-3994 | Recibido: 28-febrero-2021 | Aceptado: 30-septiembre-2021.

Introducción

Resulta notorio, a la par que sintomático, el olvido al que ha sido sometida la categoría de dolor del misterio en los estudios unamunianos, a pesar de lo que se ha profundizado en su concepción sobre la muerte. En las siguientes páginas demostraremos que, al silenciar la vía de salvación propuesta, a saber, el dolor del misterio, también se está socavando su ansia teológica, y su propuesta de la fe como la herramienta más valiosa para abrirse paso por encima de la muerte, trocando el miedo al anonadamiento en deseo por la inmortalidad, por ser todo y para siempre.

► Ana Rosa Gómez Rosal, Departamento de Metafísica y Corrientes Actuales de la Filosofía, Ética y Filosofía Política, Facultad de Filosofía, Universidad de Sevilla, España. **Autor de correspondencia:** (✉) anagomros@alum.us.es —  <https://orcid.org/0000-0002-3208-2923>

En lo que respecta al contexto de Miguel de Unamuno, partiremos de la crisis personal en la que se sumerge durante el año 1897 –un año antes de la conocida crisis finisecular, o Desastre del 98–, momento en el que experimenta el vacío propio de aquel que se siente sin suelo, reproducción de la pérdida adánica del Paraíso en el que la cultura había querido convertir el mundo al plasmar las ideas del progreso desde su perspectiva material. En concreto, dicho sentimiento de pérdida se inaugurará ante la idea de su propia muerte provocada por una neurosis cardíaca, crisis que alcanzará su cota máxima al plantearse las posibilidades postreras en sentido trascendente. Tal y como él mismo expresa en su diario personal, organizado y publicado póstumamente como *Diario íntimo*, será el aspecto poco moral de la existencia del infierno, en el que los males temporales reciben la sanción eterna de una vida extendida en su sufrimiento, el problema que desatará la inmanencia del dolor.

Unamuno decide aislarse del mundo para redimirse de la labor intelectualista que había estado ejercitando a partir de sus años de formación académica en Madrid, para concentrarse en aquel dolor que le inquieta, desde las entrañas, una respuesta definitiva de la finalidad del universo, para desechar la idea del posible suicidio.

A solas, nuestro poeta vasco tiene que reorganizar, dentro de su sistema, los límites que el dolor pone de manifiesto: el dolor físico como exposición de su limitación corporal; el dolor de la conciencia como limitante de su cualidad cognoscitiva de lo que está más allá del cuerpo y la lógica; el dolor anímico como evidencia del olvido del alma espiritual, a la que había enterrado bajo la idea del alma carnal; el dolor de su yo ahogado por la sombra que de él mismo se/le había formado la mirada cosificadora y angustiante de los otros. En conjunto, todo se recoge como dolor de la propia vida del hombre Miguel de Unamuno en tanto que esclavitud a los límites dentro de un mundo sometido al imperio de la razón, desacralizado, en el que ni los símbolos ni los gestos significantes pueden ser ya leídos como tales, sino como manifestaciones de un presente sin pasado y sin futuro. Es decir, como nada por haber sido la eternidad capada. Pero, de entre todos los tormentos, lo que más le duele es el tiempo, que le devuelve una visión de la vida que pasa y no queda, desconociendo, hasta en grado imaginativo, las condiciones previas al nacimiento y las posteriores a la muerte biológica. Mundo y tiempo que han sido testigos del exilio exhortado a Dios, de su acción palpable, de bulto, entre los humanos, aquellos que han ido por la fuerza a querer

sonsacarle sus atributos por medio de la razón, convirtiéndole en un Dios de los filósofos herido, también Él, de muerte.

Desvelamiento del dolor del misterio

Frente a las tendencias de otros siglos Unamuno no está haciendo responsable a Dios del mal humano o mundano, ni siquiera de su silencio, sino a un yo humanista vacío de contacto con la divinidad, que carga con su culpa homicida sin posibilidad última de redención. Siendo así, el mutismo que creía devuelto por Dios cuando le exige fervorosamente que le muestre la finalidad del universo, no puede ser, tampoco, culpa de Dios: es silencio de su conciencia que, hasta entonces, había querido tratar los grandes problemas del universo como incógnitas matemáticas y no como misterio; silencio de su alma, dormida a los pies de la razón, únicamente despierta al espoleo del dolor.

La relevancia del dolor se cimenta en su capacidad de mantenernos en tiempo presente, pues por este somos arrojados al centro del problema, violentamente, en la medida en que nuestra pervivencia depende de la solución que encontremos al mismo. El dolor cumple, entonces, una doble función que se despliega en dos momentos consecutivos. En primer lugar, contribuye al conocimiento de sí mismo, del yo, por medio de la mostración de los límites inherentes a lo humano. Este será el llamado dolor de la conciencia de muerte, encargado de luchar por la perpetuidad de los principios de unidad y continuidad, a sabiendas de que no se puede salir victorioso de tal batalla. En segundo lugar, la tribulación se encarga de despertar al alma, poniendo en contacto al sujeto del mundo con el Espíritu que subyace en él. Y a éste fue al que llamó don Miguel dolor del misterio, que, al contrario que el anterior, no apunta a una carencia limítrofe del cuerpo, sino que concretiza la parte doliente, haciéndola absoluta frente a todas las demás. Es dolor del misterio porque es el misterio íntimo y personal revelado al dolerse, y dolerme; pero, a su vez, el movimiento de ensimismamiento cordial que otorga el dolor nos coloca dentro del misterio en sí/en mí para desvelarnos que no era necesario salir de nuestras entrañas para encontrarnos con el Dios personal, que ha estado dentro, dormido, todo el tiempo.

En *Del sentimiento trágico de la vida* expone de la siguiente forma cómo Dios se hace presente:

Cuando el colmo de nuestro compadecimiento nos trae a la conciencia de Dios en nosotros, nos llena tan grande congoja por la miseria divina derramada en todo, que tenemos que verterla fuera, y lo hacemos en forma de caridad (Unamuno 1858a, p. 336).

Más allá de las consideraciones sobre la caridad, nos interesa llamar la atención sobre el modo en que se produce la relación hombre-dolor-dios, y viceversa.

En este sentido, podemos afirmar que está reavivando la idea judeocristiana de los primeros Evangelios del contacto con el Dios-Uno, cimentada no sobre la divinidad del Hijo, sino sobre la emanación de la hipóstasis del ente divino transferida dentro de los seres humanos, como herencia, o regalo, del Padre para que la existencia adquiera un carácter trascendente desde la inmanencia. Unamuno está tratando de rescatar a Dios de su escondite externo para colocarlo en un escondite interno, lo transmuta de un «ello», fuera del mundo, ajeno a lo humano, a un «yo», templo interior posibilitador de la comunicación a través del dolor del misterio.

La noción unamuniana de misterio, colmada de resonancias místicas, encierra el deseo por devolverle a la realidad su carácter sagrado a través de aquellos conceptos sensibles susceptibles de ser expresados mediante la fe en su sentido primitivo, esto es, como *pistis* y no como *gnosis*, como creencia y no como conocimiento. El amor, la libertad o el libre albedrío, la muerte, el nacimiento, la idea del infierno como el mayor de los problemas morales –por ser castigo eterno derivado de las acciones temporales–, el tiempo... Misterios todos ellos que determinan los estados vitales y las pasiones de todos los seres humanos sin excepción, y que, en el momento que éstos son atravesados en la persona concreta por la tribulación, se presentan como experiencia única que nos conecta con un estrato superior a los límites reflejados.

A medida que se detiene a explorar el sentimiento naciente de cada una de las anteriores categorías citadas, le son reveladas a la conciencia como el mayor de los misterios (Unamuno 2012), pero, sin duda, el misterio más abarcador y constante, como hemos señalado previamente, será el misterio del tiempo, por el vínculo que genera con respecto a su libertad ontológica radical: sin saber qué somos antes del nacimiento, ni qué seremos después de la vida biológica, todo lo que soy en presente es como si fuera nada, porque se agotará en la vida que pasa y no queda. La nada es peor y menos imaginable que el propio infierno, porque al menos este último es extensión de la vida. De la imposibilidad agónica del pensarse como no existiendo, surgirá, eventualmente, la donación del imperativo

ontológico. Dicho de otro modo, del dolor emanado del impedimento absoluto del anonadamiento brota la certeza del *hay que ser* como imposibilidad del suicidio ontológico (Meyer 1955, p. 21), y brota, a su vez, el argumento definitivo de la ligazón con Dios.

Casi al final de su estancia terrena, en 1933, expondrá en su ensayo «El secreto de la vida» una actualización de la parábola del sembrador presente en los Evangelios, entendida de la siguiente forma: Dios ha sembrado en cada uno de nosotros, a diferente profundidad (y, por tanto, con diferente potencialidad de arraigo), el misterio, como un tumor adherido a nuestra alma, como:

un terrible y precioso tumor, de donde brota nuestra vida y del cual brotará también nuestra muerte. Por él vivimos y sin él nos moriríamos espiritualmente; pero también moriremos por él, y sin él nunca habríamos vivido. Es nuestra pena y nuestro consuelo (Unamuno 1958c, p. 1029).

El misterio es, en otras palabras, el fundamento absoluto de nuestra existencia como génesis enraizada en lo eterno, encuentro de la esperanza de pervivencia espiritual regalada filantrópicamente por el Creador, el cual nos ha hecho herederos de lo más característico de sí mismo: el Ser misterio(so), mediado por la Gracia que le es otorgada a quien se mantiene a la espera activa de la revelación. Y, sin embargo, es también la base de nuestro aniquilamiento por ser reverberación de lo incognoscible en la medida en que, llegado el caso, podremos disfrutar de sus frutos, pero «ni vemos, ni olemos, ni gustamos la semilla de esa planta que fue enterrada bajo tierra» (Unamuno 1858c, p. 1031), quedando el misterio siempre misterioso, impidiendo que nos aniquilemos por acabamiento, perfeccionamiento o actualidad, pero, asimismo, que podamos llegar al grado de perfección divino desde el conocimiento de sí.

Acción provocada por el dolor del misterio

Al juzgar al misterio como un nódulo del alma, como una dualidad y no como una unidad intrínseca, nos plantea la posibilidad de que un alma no se corresponda o, mejor, no se reconozca con el misterio que porta en raíz, pero también a la inversa: que el misterio, la idea que engendra, no encuentre en el alma que habita las condiciones necesarias para alcanzar la perfección. Y, así, al morir una persona infértil en misterios de tribulación, su misterio migrará a otra alma, a la espera de frutos. El consuelo nace, en este supuesto, como espera en que una parte de mí seguirá viva en un otro, pero en este mundo. Y si, por el

contrario, el alma y el misterio se reconocen en intercambios, si reflejan la conciencia de la existencia despiertas por el dolor, entonces surgen obras del misterio de tribulación, del que adquieren el *quid mirificum* (Unamuno 1958c, p. 1035) que las hará inmortales, quedándose la obra y su autor en este mundo sin necesidad de perder su ser individual y concreto, su nombre y su conjunto alma-cuerpo-misterio.

Todas las manifestaciones recogidas del dolor conducirán a Unamuno a realizar un cambio en la dirección de ajuste, concluyendo que, primero, hay que darle sentido a la vida individual y concreta, por medio de la escucha cordial del *eso anthropos* (Unamuno 1958b, p. 886) al que la Gracia nos ha trasladado por la vía doliente. Únicamente restituyendo un sentido trascendente de la propia vida desde la idea concreta del sí íntimo, podrá dársele, de nuevo, sentido a Dios *en* sí. Lo que quiere decir que, ni nosotros estamos inmersos y diluidos en el Dios-Conciencia de los filósofos, ni hay prolongación *ad infinitum* del tiempo terrenal de Jesucristo como permanencia de Dios con/entre nosotros; sino que hay que luchar por reconquistar al Dios intimado, concientizado, que se nos despierta simultáneamente al impulso del espíritu, del misterio y la conciencia ante la tribulación.

Dios queda intimado, dentro del sujeto, como fondo revelado por el sentimiento de haber sido beneficiario de los dones del Espíritu. Un ejemplo de ello es la interpretación que infiere Unamuno al deseo de tener fe, la cual ni siquiera habría sido querencia (querer creer) si el Espíritu no hubiera colmado al entendimiento de la importancia que ésta tiene para despertar a la vida auténtica, la del alma inmortal. Y, si bien es cierto que nuestro autor nunca llega a obtener una fe férrea a lo largo de su vida, como tampoco una idea de Dios, que justamente por ser idea viva es idea cambiante, sí mantiene la aidez por reconocer la libertad en la identificación Espíritu-Dios como simiente de la existencia, en consonancia con lo proclamado por Pablo de Tarso en la segunda carta a los Corintios: «Porque el Señor es el Espíritu, y donde está el Espíritu del Señor hay libertad» (2 Cor 3, 17). Al igual que para los seguidores cercanos en tiempo a Jesús, para Unamuno la libertad no está atada al cumplimiento de las leyes de este mundo, sino que es cualidad conveniente del misterio, de carne para adentro y no de cuerpo para afuera.

Hay por debajo del mundo visible y ruidoso en que nos agitamos, por debajo del mundo de que se habla, otro mundo visible y silencioso en que reposamos, otro mundo de que

no se habla. Y si fuera posible dar la vuelta al mundo y volverlo de arriba abajo (...) habríamos todos de comprender y sentir entonces cuán pobre y miserable cosa es esto que llamamos ley, y dónde está la libertad y cuán lejos de donde la buscamos. La libertad está en el misterio; la libertad está enterrada y crece hacia adentro, y no hacia fuera (Unamuno 1958c, pp. 1032-1033).

La superación que supone el dolor del misterio en relación con la conciencia de muerte permitirá revelar, por vía cordial, el modo de trascenderse al validar lo sintiente y volitivo intangible. El cuidado del misterio personal engrandece al hombre nuevo, al (re)nacido *eso anthropos* tras la rotura de la costra ruidosa pero infértil, creado en simbiosis con la Gloria, los dones del Espíritu y la fe viva, para que su mirada penetre y abarque, también, la realidad más allá de la pura materialidad externa. De esta forma, la libertad se concibe como a) libertad ontológica; b) como reducto propio y privado que no puede ser corrompido por la mirada cosificadora de los otros; y c) como enseñanza interna de la auténtica ley procedente del Espíritu. Es esperanza *de la desesperación misma* (Unamuno 1958d, p. 120) en lo invisible e incierto para la razón, pero imaginable y necesario para la voluntad de ser todo y ser siempre o, mejor dicho, para la fe, que, en definitiva, es «un acto de abandono y de entrega cordial de la voluntad» (Unamuno 1958e, p. 124). A tal respecto, cabe matizar que, aun siendo acto de abandono y de entrega, no mancha el sentido de libertad, ya que la fe no obliga a anular el juicio para seguir un dogma sino, muy al contrario, abre el acceso a la participación en la donación de sentido del Todo en tanto que es «potencia creativa» (Unamuno 1958a, p. 319).

En definitiva, cuando Unamuno proclamaba allá por 1899 en *Nicodemo el fariseo* lo siguiente

¿Que no tiene fin alguno el universo? Pues démoseles (sic.), y no será tal donación, si la obtenemos, más que el descubrimiento de su finalidad velada. Cuando la razón me dice que no hay finalidad trascendente, la fe me contesta que debe haberla, y como debe haberla la habrá. Sólo la fe crea (Unamuno 1958e)

ya estaba perfilando el camino del dolor del misterio como liberación de la amenaza de muerte racional, puesto que nosotros, inspirados por la Gracia, creamos el sentido en participación con lo velado. El mismo camino que en *Del sentimiento trágico de la vida* le llevó a afirmar que «personalizamos al Todo para salvarnos de la nada, y el único misterio verdaderamente misterioso es el misterio del dolor» (Unamuno 1958a, pp. 267-268), y que le convierte todas las horas

anteriores de silencio de Dios en reproducción imperiosa ante los otros, por ser, también, propio del misterio el ser inefable.

Conclusión

A pesar de la dificultad que entraña la noción de dolor del misterio, queda sucintamente demostrado el peso que tuvo para la construcción de su proyecto teológico y ontológico, sin el cual estaría perdido en los confines de la *meditatio mortis*, sin posibilidad última de esperanza, ni de redención, ni de Dios. Más que la perentoriedad de la muerte, la urgencia por adentrarnos aún más en lo radical del estar-en-crisis transmutado en un estar-en-sí de manera radical, para que el Ser conjugado con lo absoluto salga victorioso de la nada.

Conflicto de intereses: El autor declara que no tiene ningún posible conflicto de intereses. **Aprobación del comité de ética y consentimiento informado:** No es aplicable a este estudio. **Contribución de cada autor:** A.R.G.R. confirma que ha conceptualizado, desarrollado las ideas y escrito el trabajo como único autor y ha leído y aprobado el manuscrito final para su publicación. **Contacto:** Para consultas sobre este artículo debe dirigirse a: (✉) anagomros@alum.us.es.

Referencias

- Meyer, François (1955). *L'Ontologie de Miguel de Unamuno*. París: Presses Universitaires de France. [Trad. cast.: *La ontología de Miguel de Unamuno*. Trad. de Cesáreo Goicoechea. Madrid: Gredos, 1962].
- Unamuno, Miguel de (2012). *Diario íntimo*. Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca.
- Unamuno, Miguel de (1858a). *Del sentimiento trágico de la vida*. En: *Obras Completas*, XVI, editado por Manuel García Blanco. Madrid: Vergara, 125-457.
- Unamuno, Miguel de (1958b). «El hombre interior». En: *Obras Completas*, XVI, editado por Manuel García Blanco. Madrid: Vergara, 886-889.
- Unamuno, Miguel de (1958c). «El secreto de la vida». En: *Obras Completas*, III, editado por Manuel García Blanco. Madrid: Vergara, 1027-1042.
- Unamuno, Miguel de (1958d). «Mi Religión». En: *Obras Completas*, XVI, editado por Manuel García Blanco. Madrid: Vergara, 115-124.
- Unamuno, Miguel de. (1958e). «Nicodemo el Fariseo». En: *Obras Completas*, III, editado por Manuel García Blanco. Madrid: Vergara, 121-153.

Información sobre el autor/a/es

► **Ana Rosa Gómez Rosal** es estudiante de Doctorado en Filosofía, en la Universidad de Sevilla, (España), Experta Universitaria en Historia y Filosofía de las Religiones por la Fundación Xavier Zubiri (España), miembro de la Asociación de Hispanismo Filosófico y de la Asociación Amigos de Unamuno en Salamanca (España). Su trabajo se centra en la filosofía unamuniana, filosofía hispánica, la ontología y la filosofía de la religión. Es autora de *Modelos de inmortalidad en la nivola unamuniana* (Universidad Nacional de Educación a Distancia (España), Facultad de Filosofía: Madrid, 2019). **Contacto:** Departamento de Metafísica y Corrientes Actuales de la Filosofía, Ética y Filosofía Política, Facultad de Filosofía, Universidad de Sevilla, Calle Camilo José Cela, s/n 41018, Sevilla, Sevilla, España. — (✉): anagomros@alum.us.es. — iD: <https://orcid.org/0000-0002-3208-2923>.

Como citar este artículo

Gómez Rosal, Ana Rosa. (2021). «Dolor del misterio en Miguel de Unamuno». *Analysis* 30: pp. 11-19.